

sible é ilustrado encuentra en todas partes deleites que gozar; despues de haber hallado placer en el trabajo, le halla de nuevo en las recreaciones honestas, en las conversaciones útiles, y en el examen y contemplacion de las variedades infinitas de la naturaleza; la sociedad, tan molesta para los hombres que se incomodan y fastidian reciprocamente, ofrece al hombre que piensa, una multitud de observaciones curiosas y útiles; y acumulando hechos, atesora con ellos los materiales que le sirven y recrean en su soledad. Los campos, tan uniformes y monotonos para los habitantes nunca contentos de las grandes poblaciones, le ofrecen á cada paso mil placeres nuevos. El tumulto ruidoso de las ciudades, y las estravagancias mismas del vulgo, son para él espectáculos instructivos é interesantes. En una palabra, todo nos prueba y hace ver que solo hay verdaderos placeres para el hombre que siente y que medita; todo le demuestra las ventajas de la virtud, y los inconvenientes que resultan de las locuras y de los defectos de los hombres.

## CAPITULO XII.

*De los Defectos, de las Imperfecciones, de las Ridiculeces, ó de las Cualidades desagradables en la vida social.*

EXAMINADOS los vicios ó las cualidades dañosas á la vida social, nos resta hablar ahora de los defectos ó de las imperfecciones molestas y desagradables á los que viven con nosotros. Los defectos de los hombres así como sus vicios, son efectos de su temperamento diversamente modificado por el hábito: podemos definirlos la falta ó privacion de las cualidades necesarias para hacerse el hombre agradable en la sociedad.

Interesado siempre un ente sociable en agradar á las personas con quienes vive, no solo se considera obligado á refrenar sus afectos, y á combatir sus inclinaciones desarregladas, sino tambien á corregir los defectos que pueden minorar la benevolencia á que aspira. Ninguno ve ni reconoce sus propios defectos; mas el hombre sociable debe estudiarse á sí mismo, procurar verse con los mismos ojos con que le miran los otros, y juzgar sus imperfecciones como él juzga las que advierte en sus semejantes; lo que él halle molesto y desagradable en ellos, le hará conocer lo que á ellos les molestará y desagradará en él. Así es como el

hombre sabio puede sacar un provecho real y verdadero de las imperfecciones y debilidades de los hombres ; y de esta manera aprende á evitar en sus acciones lo que á él le disgusta en la conducta de los otros. Sabe además que no debe omitir cosa alguna para merecer la estimacion y el cariño de sus conciudadanos , y que los menores defectos , aunque no causen las sensibles y repentinas consecuencias del crimen , no dejan por eso al fin de lastimar profundamente á las personas que los experimentan de continuo : *la menor sobrecarga* , dice Montaigne , *hace saltar la paciencia* (1).

Todos los hombres tienen defectos mas ó menos incómodos para los que los experimentan ; y nosotros mismos padecemos á veces por aquellos á que estamos sujetos sin conocerlos ; estos nos molestan en los otros , al paso que no cuidamos de corregirnos de ellos en manera alguna. Todos somos muy perspicaces y penetrantes cuando se trata de las imperfecciones y flaquezas de los otros , y estamos siempre ciegos en tratándose de las nuestras. ¿ Como explicar este fenómeno ? Es muy facil de resolver. Nosotros estamos habituados á nuestro modo de ser y de existir , y , bueno ó malo , le juzgamos necesario á nuestra felicidad ; mas no es lo propio en orden á los defectos de los otros , á los cuales nunca nos acostumbramos. Nosotros deseamos que ellos se corrijan , porque

(1) Montaigne , *Essais* , lib. 1.

sus defectos nos ofenden ; y nosotros nunca nos corregimos , á causa de que nuestros defectos nos agradan , pareciéndonos perfecciones.

Causa la mayor admiracion ver en el mundo multitud de personas que , siendo así que hace mucho tiempo que viven juntas , se separan á veces repentinamente , y se enemistan para siempre ; mas esta admiracion cesará , si se considera que los defectos que al principio parecian soportables , experimentándolos de continuo se hacen insufribles ; ellos son unas ligeras picaduras que , reiteradas mas y mas , hacen al fin dolorosas é incurables llagas. He aquí sin duda porque nada es mas raro que el ver constantemente unidas las personas cuyo humor ó carácter se avienen bastante para estrecharse con una grande y permanente familiaridad ; esta misma familiaridad , que debia al parecer desterrar de ellas toda pena é incomodidad , contribuye á que las personas de un trato familiar y frecuente conozcan con mas facilidad sus defectos recíprocos. Esta es la verdadera causa de la común desunion que se ve entre los esposos , los parientes y los mas íntimos amigos.

El hombre social debe , pues , juzgarse á sí mismo con imparcialidad ; debe corregirse de los defectos que pueden alterar ó disminuir la benevolencia que desea ; mas por otra parte la humanidad le recomienda que tenga indulgencia con las imperfecciones de sus semejantes , y , á una con la justicia , la misma humanidad le

persuade que á solo este precio puede esperar hacer tolerables sus propias debilidades. El que no tiene indulgencia es, como hemos visto, un ente insociable que él mismo se condena á ser juzgado con rigor. Ningun hombre sobre la tierra está exento de defectos (1); así que el irritarse incesantemente contra las debilidades de los otros, es manifestarse incapaz de vivir en sociedad. Una grande indulgencia, una dulzura permanente de carácter, una constante atencion, un humor ameno y alegre, una prudente condescendencia son las únicas cualidades que pueden cimentar la union de los hombres; estos, cuando se examinan de cerca, suelen dejar de quererse y apreciarse.

El escésivo temor de que nos ofendan los defectos de nuestros semejantes, nos conduce á la desconfianza y á la misantropía, disposiciones muy contrarias á la vida social, y quedan lugar á creer que el hombre en quien se hallan es de un carácter sospechoso. Los que no confían en la virtud de los otros, dan ocasion á presumir que no la tienen ellos. *¡ Todos los hombres son unos malvados !* decia un misantropo á un hombre de bien á quien veia con frecuencia. *¿ En que lo conocéis ?* le preguntó este: *en mi mismo*, contestó inmediatamente el misantropo.

(1) *Nam vitis nemo sine nascitur : optimus ille est,  
Qui minimis urgetur.*  
Horat. Sát. III. vers. 68.

El hombre desconfiado, que de todo recela, y á quien todo se le hace sospechoso, es necesariamente muy infeliz. Perpetuamente rodeado de asechanzas y de peligros imaginarios, ni conoce las dulzuras del reposo, ni los placeres de la sociedad; y se ve solo en el mundo, espuesto á los tiros y tramas de una multitud de enemigos. La desconfianza continua es un tormento largo y cruel, del que la naturaleza se vale para castigar á los tiranos, y á todos aquellos que saben que tienen merecido el odio de los hombres. El perverso está siempre armado de temores y sospechas.

Mas tambien por otra parte, la confianza escésiva tampoco es virtud, sino una señal de flaqueza y de inesperienza. Hasta haber experimentado á los hombres, no se les puede dispensar la confianza. ¡ Pero desgraciado de aquel que no halla persona digna de merecerla ! La prudencia es una virtud media entre la desconfianza misántropica y la confianza escésiva. No se puede, sin peligro, confiar de todo el mundo, mas tambien llegaria á ser muy infeliz el que de ninguno confiase. *Fiarse de todo el mundo, y no fiarse de nadie, son dos vicios, dice Séneca; pero en el uno se encuentra mas virtud, y en el otro mas seguridad.*

Siendo la firmeza, el valor, la constancia y la fortaleza, virtudes ó cualidades sociales, debemos mirar la debilidad, la cobardía y la constancia como verdaderos defectos, y aun á

veces como vicios imperdonables. El hombre débil está de continuo vacilante en su conducta; poco dueño de sí mismo, es siempre del primero que llega, y se halla dispuesto á dejarse llevar adonde se le quiere conducir. Es imposible contar con un hombre sin carácter; como que no tiene objeto fijo, ninguna resistencia opone á los impulsos que se le dan, viniendo á ser el juguete continuo de los que facilmente le dominan. Sin carácter, sistema, ni principios en su conducta, es inconstante é irresoluto, y siempre está fluctuando entre la virtud y el vicio. El que no sigue con firmeza algun principio ó regla, es tan incapaz de resistir á sus propias pasiones como á las de los otros. La debilidad es por lo común efecto de una pereza habitual, y de una indolencia que llega á veces al estremo de dejarse arrastrar del delito. Un soberano sin firmeza es un verdadero azote de su pueblo. El hombre débil puede ser amado y compadecido, pero no merecer la estima de los otros: este causa muchas veces, sin saberlo, mayores daños que el malo descubierto, cuya conducta conocida hace que se huya de él. Un carácter demasiado fácil inspira una confianza que casi siempre queda desmentida.

Ningunos mas desagradables y menos seguros en el comercio de la vida que estos caracteres débiles y pusilánimes que, por decirlo así, se vuelven á todos vientos. ¿ Como ha de contarse an solo instante con unos hombres que se acon-

sejan con el primero que encuentran, que cambian de consejo tan pronto como cambian de corrillo ó de encuentro, y que no dejan de abandonar á sus amigos al primero que quiere deprimirlos? Jamas un hombre débil, sin carácter y sin firmeza, puede ser tenido por un sólido y buen amigo.

Hay pocos hombres en el mundo que sean con firmeza lo que son, que muestren un carácter resuelto y decidido, que se propongan un fin hácia el cual se dirijan con pasos firmes y seguros: nada es tan raro como un hombre sólido que siga un plan sin perderle de vista (1): de aquí todas las variaciones, las contradicciones, las inconsecuencias que observamos en la conducta de la mayor parte de los hombres; se los ve, digámoslo así, continuamente descarriados, sin objeto fijo, y prontos á cambiar de camino al menor interes que se les presente. La moral debe proponerse fijar invariablemente la consideracion de los hombres sobre sus verdaderos intereses, presentándoles los motivos mas poderosos para afirmarlos en el camino de la felicidad.

La falta de firmeza en los principios, y de estabilidad en el carácter, hacen que los vicios y los defectos de los hombres sean tan contagiosos. El comercio del mundo, la frecuentacion de la corte y de los grandes, y el trato

(1) *Idem eadem possunt horam durare probantes?*  
HORAT. Epist. 1. lib. 1 vers. 82.

con las mugeres , al paso que sirven para limarnos y pulirnos , contribuyen tambien muchas veces á borrar el carácter , y á corromper el corazon. Pretende el hombre complacer ; toma el tono de aquellos con quienes trata ; y de este modo se suele hacer vicioso ó malvado por pura complacencia. El hábito de sacrificar su voluntad y sus propias ideas á las de los otros , hace que el hombre deje de ser dueño de sí , desfigura y oculta su fisonomía , cambia á cada instante de principios y de conducta , y temeraria , de lo contrario , ser acusado de áspero , de singular , de impolitico , ó de pedante. *Es menester ser lo que los demas* ha sido y es la máxima comun de tantas gentes sin vigor , sin principios y sin caracter , de que el mundo está lleno. He aquí como cunden los vicios , como se perpetuan los caprichos y las estravagancias , y como los hombres no hacen mas que copiarse los unos á los otros (1). He aquí tambien como los cautiva el ejemplo y el temor de ser desagradables á los hombres viciosos. En fin , he aquí como la ignorancia ó la incertidumbre del fin que debemos proponernos , y ademas la debilidad , son los verdaderos mantiales del mal moral , de los vicios , de las estravagancias , y á veces tambien de la perversidad de los hombres.

(1) Un hombre de talento decia que las gentes del mundo eran como las monedas, que se desgastan á fuerza de pasar de mano en mano.

Es necesario vigor para ser virtuoso en medio de un mundo corrompido é insensato : *Ten la osadía de ser sabio* , ha dicho un antiguo ; mas por falta de luces , pocas gentes tienen este valor , que mil causas enfrenan y aprisionan. Ciertamente , el gobierno , á pesar de su gran poder sobre los hombres , no influye del modo que pudiera sobre sus caracteres y costumbres. El despotismo solamente hace de sus esclavos , unos autómatos dispuestos á obedecer al impulso del déspota ; y este impulso por lo comun los encamina al mal. Un gobierno militar da á toda una nacion el tono del aturdimiento , de la vanidad , de la presuncion , de la arrogancia , y de la licencia. Es preciso ser muy nervioso y muy robusto para resistir con constancia á las fuerzas que obran incesantemente sobre nosotros.

La ligereza , la imprudencia , la disipacion , un caracter frívolo ofrecen mas obstáculos á la felicidad social que la malicia del corazon humano. Hay paises donde la ligereza y la inconstancia se tienen por un adorno ó gracia , mas es muy difícil hacer de un hombre casquivano é inconstante un amigo sólido , con cuyo afecto y discrecion pueda uno contar. ¡ Como contar con quien ni aun de sí mismo tiene seguridad ! La moral , para que sea puesta en práctica , exige atencion , firmeza y reflexion , que el hombre vuelva con frecuencia sobre sí , y que se recoja en su interior , de todo lo cual

muy pocas personas son capaces. He aquí porque la moral parece tan enfadosa y molesta á los espíritus frívolos, que la posponen á ridículas bagatelas; el hábito de pensar es el que únicamente puede dar á todo ente racional la facultad de combinar prontamente sus relaciones y sus deberes: la felicidad del hombre es un objeto tan grave, que merece algunos cuidados de su parte, y necesita fijar su consideracion sobre los medios de obtenerla. *Consúltate á tí mismo*, dice el poeta Teognides, *porque el hombre precipitado es siempre un hombre perjudicial* (1).

Todo nos prueba la importancia de refrenar nuestra lengua en un mundo desocupado, curioso y lleno de malignidad; sin embargo nada es mas comun que la *indiscrecion*, ó la necesidad de hablar, de que tantas personas están atormentadas. Este defecto, terrible á veces por sus consecuencias, no siempre indica un corazon dañado, aunque suele producir efectos tan crueles como la perversidad. El es debido á la imprudencia, á la ligereza, y regularmente á una necia vanidad, que imagina que hay mérito en alimentar la curiosidad de los otros; el indiscreto es tan falto de reflexion que él mismo divulga su propio secreto, y se compromete á sí mismo con tanta facilidad como á los demas: por lo comun es débil y sin caracter, puesto

(1) *Poetae Graeci minores: Theognidis Carmina.*

que no tiene valor ni fortaleza para guardar el depósito que neciamente se le ha confiado. Aunque la indiscrecion sea á veces tan peligrosa como la traicion misma, ella pasa no obstante por una falta ligera en un mundo frívolo, desocupado y curioso.

La *curiosidad*, ó el deseo de penetrar los secretos de los otros, es un defecto que anuncia comunmente la vaciedad de espíritu. El curioso es por lo regular un holgazan sin ideas, y ademas indiscreto. *Huye del hombre curioso*, dice Horacio, *que es siempre indiscreto ó parlero* (1). El hombre es curioso por vanidad: él cifra su gloria en poder decir *que sabe ó que ha visto*, lo cual es un gran mérito para con los necios ociosos.

Es difícil hablar mucho, y hablar bien. Que cosa hay mas molesta que esos crueles charlatanes, que esos eternos disertadores que se figuran estar siempre orando en la tribuna, y que nunca bajan de ella? Es ciertamente tener poco miramiento para con el amor propio de los otros no permitirlos hablar cuando les toca. Pero muchas personas están en la idea de que hablando mucho se manifiesta mucho talento. Un proverbio trivial, pero cuerdo, nos dice que *un vaso lleno suena menos que uno vacío*.

Por otra parte, nada es mas raro que ha-

(1) *Percontatorem fugito, nam garrulus idem est.*

HORAT. Epist. 18. lib. 1. vers. 69.

llar personas que sepan escuchar, y nada mas comun que gentes que quieren ser escuchadas esclusivamente, esta injusticia y este amor propio esclusivo son muy frecuentes en la sociedad. Siendo el objeto de la conversacion el instruir ó deleitar, cada cual se cree con derecho de contribuir á este fin, y seria afrentar á los otros el querer escluirlos de ella. Por un efecto de esta vanidad, se ven algunas veces hombres de talento que solo aprecian la compañía de los necios. *Es un necio*, decia un hombre de talento, *pero me escucha..... Hay gentes*, dice un autor moderno, *que apetezen mas ser reyes en una mala compañía que ciudadanos en otra buena* (1).

Si la conversacion debe tener por objeto ilustrar y complacer, el hombre puede hablar cuando conoce que ha de conseguirlo; mas es necesario no olvidarse de que los otros son capaces de contribuir á nuestra instruccion y á nuestro agrado. Es menester escuchar y guardar silencio, cuando no tenemos cosa alguna útil ó agradable que comunicar. Lo vacío é insustancial de la conversacion, como hemos dicho en otra parte, es lo que hace tan comunes la murmuracion y la calumnia, porque cuando no se sabe hablar de las cosas, se ocurre á las personas.

El grande arte de la conversacion consiste en no ofender, en no ajar á ninguno, en

(1) Moncrif. *Art de plaire.*

hablar solamente de lo que se sabe, en no divertir á los otros sino con lo que les pueda ser útil é interesante. Este arte, que todo el mundo cree poseer, es sin embargo muy raro y difícil. Las sociedades están llenas de hombres que se hacen de figura, los cuales previenen contra sí por su necia vanidad en querer hablar de todo, ó de fastidiosos que nos molestan hablando de objetos poco ó nada interesantes. Un necio se imagina que lo que ocupa su corto entendimiento, debe interesar á todo el universo.

La esperiencia, la reflexion, el estudio, y sobre todo la benevolencia y bondad de corazon, pueden solas hacernos útiles ó agradables en el comercio de la vida. Las conversaciones de las gentes del mundo no son por lo comun tan estériles, sus visitas tan fastidiosas, sus asambleas las mas brillantes y sus banquetes los mas suntuosos tan enfadosos y molestos, sino porque la sociedad solo reúne personas que se aman y se aprecian muy poco, que apenas se conocen, que nada bueno tienen que decirse, y que únicamente se dicen y comunican bagatelas. Lo que se llama el gran mundo solo se compone en la mayor parte de personas muy vanas, que á nada se creen mutuamente obligadas; y que, privadas de instruccion, no traen al trato de las gentes sino aspereza, sequedad é indisplencia: la conversacion necesariamente debe ser lánguida y esté-

ril, cuando ni el corazon ni el entendimiento pueden interesarse en ella. La amistad sincera y franca, la sabiduría y la virtud son las únicas que pueden dar vida y consistencia al trato de los hombres.

La vanidad hace al hombre insociable. La ignorancia, la ociosidad, la falta de costumbre en pensar, y la insensibilidad del corazon son las causas que tanto multiplican los fastidiosos, los decidores de bagatelas y fruslerías, los importunos y los fatuos que inundan las cortes, las ciudades y los campos. Todo hombre que carece de entendimiento es molesto á los otros, á causa de la necesidad que tiene de poner en movimiento su alma entorpecida, y de distraer su fastidio; así que, atormentado de continuo con este fastidio personal y doméstico, no llega á conocer que su presencia es para los otros molestísima. Uno de los grandes inconvenientes del trato del mundo es hallarse espuestas en él las personas ocupadas y laboriosas á ser víctimas de un sinnúmero de importunos, de holgazanes, y de fastidiosos, que periódicamente vienen á decirnos que nada tienen que decir. Un poco de sentido comun bastaria para enseñarnos á no ser importunos al hombre laborioso, y á no interrumpirle en sus ocupaciones. Hay instantes en que el mayor amigo debe temer incomodar á su amigo. Mas estas reflexiones tan naturales no entran en la consideracion de tantos estúpidos como la urba-

uidad tolera, al paso mismo que ellos violan todas sus reglas.

En mirando las cosas mas de cerca, se hallará, que aun entre los que mas se precian de urbanidad y buena crianza, de saber vivir, y de conocimiento y trato del mundo, hay muy pocas personas que se puedan llamar urbanas y políticas. El fatuo, el petimetre, la coqueta descabezada y presumida pecan tan groseramente contra la urbanidad y cortesía, como el rústico peor criado. ¿Podrán ser tenidos por verdaderamente urbanos y políticos todos esos personajes, cuyo porte arrogante, cuyas miradas atrevidas, cuyos modales desdeñosos ó negligentes van insultando á todo el mundo? Un petimetre, preciado de sus perfecciones, únicamente ocupado en sus fútiles adornos, á cual, presentándose en una concurrencia, á nadie atiende, se hace el distraído, no escucha lo que se le dice ni lo que se le responde, y que se vanagloria de sus irregularidades y caprichos, es evidentemente un desatento y desvergonzado, que ofende y desprecia las consideraciones debidas á la sociedad. Las personas mas enamoradas de sí mismas hacen por lo comun cuanto pueden para que los demas las odien. El descaro ó desvergüenza consiste en un desprecio insolente de la estimacion y del concepto público, que todo hombre, sea quien fuere, debe siempre respetar.

A muchas personas las hace soberbias y or-



gulosas el temor de ser menospreciadas, ó al menos de que no se les muestre la consideracion que piensan merecer. *Es menester darse á estimar*, nos dicen los tales de continuo. Sí, ciertamente; mas esto ha de ser con cualidades amables y respetables. El soberbio altanero se hace aborrecer, temeroso de no verse suficientemente apreciado.

Si el verdadero mérito ofende y molesta cuando se muestra con jactancia; que efecto puede causar aquel cuyo mérito consiste solo en sus vestidos, en sus trenes, y en unos modales que son en realidad afrentas para los que le escuchan? Pero semejantes hombres ridículos no necesitan mas que de sí mismos; ellos desprecian los juicios del público, de quien, á fuerza de insolencia, confían que serán admirados. Una alta opinion de sí mismo constituye el orgullo, el cual disgusta, aun cuando haya un verdadero mérito, porque usurpa los derechos de la sociedad, que quiere estar en posesion de apreciar por sí libremente á todos sus miembros. La vanidad es la alta opinion de sí mismo, fundada en fútiles apariencias. De donde se infiere que la presuncion, el fausto, y los modales soberbios dan á entender cualidades ó circunstancias propias para admirar á tontos, y no mas. La sencillez, la modestia, la desconfianza de sí mismo, son medios mas seguros para el acierto, que no las pretensiones impertinentes, la altanería, los tonos y aires de

de importancia, y los molestos modales de tantos descomedidos é importunos, que manifiestan con ellos que desconocen lo que se debe á los hombres. La presuncion y la fatuidad son enfermedades casi incurables. ¿ Como curar á un hombre siempre contento de sí mismo, y que se cree superior al juicio y dictámen de los otros?

El espíritu de contradiccion, la terquedad, el escesivo calor en las disputas, el deseo de la singularidad son defectos que produce tambien la vanidad. Muchas personas se imaginan que es digno de alabanza no seguir el dictámen de nadie, creyendo que con esto manifiestan una sagacidad superior; mas semejantes hombres no suelen acreditar regularmente sino su mal genio y grosería. Ellos nos dirán sin duda que se sienten animados de un grande amor á la verdad; mas nosotros les responderémos que no es amarla el decirla de un modo molesto y ofensivo. La razon no puede agradar cuando toma un tono duro y grosero. Es muy difícil persuadir y convencer al que está lastimado en su amor propio.

La terquedad es el efecto de una necia presuncion y de una pueril preocupacion, que nos sugieren que es vergonzoso el engañarse, que es una bajeza el confesarlo, y sobre todo, que *la nuestra siempre debe ser la última*. ¿ Pero no es mas vergonzoso é insensato el resistir á la verdad? ¿ no es mas noble y mas grande ceder con

Tomo I.

Q

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REY"  
Año. 1625 MONTERREY, N. L.

dulzura , aunque esté uno seguro de tener de su parte la razon , que no disputar sin fin con personas irracionales ? El pueblo , y los necios dan la razon al que mas grita y porfia , mas las personas sensatas se la dan al que tiene valor de retractarse cuando se ha engañado , ó al que no abusa de su triunfo (1) , defendiendo la verdad.

La singularidad no prueba mérito alguno real: el apartarse de las opiniones ó usos admitidos en la sociedad , muestra comunmente mas orgullo que sabiduría y talento. Es necesario resistir al torrente de la costumbre , cuando esta es evidentemente contraria á la virtud ; mas es necesario tambien dejarse llevar de ella en las cosas indiferentes. Una conducta opuesta á la de todo el mundo admira algunas veces , mas nunca puede merecer una consideracion durable.

En general , toda afectacion disgusta , porque es indicio de vanidad. Lo verdadero , lo sencillo , lo natural nos hace amables á los que viven con nosotros , porque estos quieren siempre vernos tales como somos. Es menester que

(1) Hallándose juntos un dia Racine y Boileau en la Academia de las *Inscripciones* , Boileau profirió , por descuido , una proposicion errónea. Racine , que ni aun á sus amigos le pasaba cosa alguna que le incomodase , no tomó la expresion de Boileau como una chanza , sino que de golpe cayó sobre él con aspereza y severidad , hasta el extremo de insultarle. Boileau se contentó con decir á Racine : *Confieso que no he tenido razon ; pero prefiero no tenerla á tenerla con ese orgullo.*

uno sea muy dueño de sí mismo para bien representar su papel en el teatro del mundo sin temer que le quiten la máscara. Una gravedad afectada solo anuncia un necio orgullo que se arroga todos los derechos y respetos ; una minuciosa pedantería es la comun propiedad de las pequeñas almas : estos defectos no deben sin embargo confundirse con la gravedad de costumbres y la exactitud severa en cumplir sus deberes , las cuales nacen de una atencion continua sobre nosotros mismos , y de un temor laudable de ofender á los otros por ligereza ó inadvertencia.

Ningunos son tan molestos en el trato como esos hombres *cosquillosos* , cuya sensible y delicada vanidad por la menor cosa se ofende. El que se conoce tan débil , no debiera esponerse al choque de la sociedad , en la cual no puede causar mas que molestia y fastidio. Una vanidad tan fácil de ofenderse prueba debilidad, pequenez de alma , incsperiencia pueril ; todo hombre *cosquilloso* por necesidad se hace desgraciado en un mundo mas imprudente que perverso. ¿ Hay nada mas incómodo y molesto que tener un alma tan débil que á cada momento se inquiete y perturbe por inadvertencias , ó por el menor descuido de las personas que frecuentan su trato ? Sin embargo estas pequenezes , en las que ningun hombre racional repara , suelen tener en un mundo vano y frívolo las mas graves consecuencias.

Generalmente la vanidad, como hemos dicho antes, es el vicio que produce mas daños en el mundo. Hay personas de toda edad y clase que parecen niños en el valor que dan á pequeñeces y bagatelas: muchos hombres, en su mayor edad, no hacen mas que mudar de juguetes; los ricos vestidos, las costosas alhajas, la variedad de adornos, las raras superfluidades vienen á reemplazar en ellos los juguetes de su infancia. ¡ Cuan pequeña y mezquina no debe ser el alma de tantas gentes, cuyo afan por ataviarse y componerse absorbe toda su fortuna y su tiempo! ¿ Que idea puede uno formarse de esas mugeres y de esos hombres degradados, que gastan dias enteros en el tocador y los adornos? El mayor castigo que puede darse á semejantes niños, es no hacer caso alguno de sus dices.

Las naciones donde reina el lujo, están llenas de entes frívolos, ocupados con la mayor seriedad en bagatelas, que son á sus ojos objetos los mas importantes: en ellas pierden su tiempo y su dinero: á semejantes pequeñeces sacrifican su felicidad y su reposo: por ellas se afanan, se comen de envidia, altercan y se injurian. La razon madura, ó la sabiduría consiste en apreciar las cosas en su justo valor. El que se hace superior á estas fruslerías, es mas feliz y mas grande que los que se esclavizan por ellas. La vanidad ofende á todo el mundo; la moderacion y la modestia no pueden ofender á nadie. El camino de la vida es una senda estrecha donde

se encuentran una multitud de pasajeros, que todos procuran llegar al término de su felicidad; así que los vemos moverse con mayor ó menor actividad, siguiendo diversas direcciones que se cruzan entre sí, y que regularmente son opuestas las unas á las otras. En medio de esta confusa tropa, los malvados son unos ciegos que, á riesgo de sufrir el general resentimiento, lastiman y atropellan á cuantos tropiezan en el camino. Estos viajantes imprudentes, atolondrados y distraidos, no teniendo un término fijo, se agitan de mil modos, se encuentran, chocan y tropiezan con todo el mundo, causando á todos incomodidades y disgustos. Mas el sabio camina con precaucion, mira á todos lados, prevé y previene los obstáculos y peligros, huye de la multitud, y, auxiliado con los socorros de sus asociados, se adelanta con paso firme al término del viage, al que los mas apresurados no consiguen llegar. El aprecio, la consideracion, la benevolencia y la tranquilidad son el premio de la atencion que el hombre de bien observa en su conducta.

Por no reflexionar sobre el objeto y fin de toda sociedad, no parece sino que los hombres solo se han reunido para ofenderse recíprocamente con vicios y defectos, cuyos inconvenientes reconocen muy bien en los otros; pero no se dignan observar que estos defectos, á que ellos están tambien sujetos, deben necesariamente producir resultados semejantes. La